

4. LA CRISIS FINAL DEL SISTEMA IMPERIAL

Que la guerra contra Inglaterra, primero, y la invasión de España por las fuerzas de Napoleón, más tarde, dejaran reducido al mínimo el comercio con América, dio lugar a que no se llegase a hablar en público de tal retorno al monopolio. Y ha hecho también que muchos historiadores hayan caído en la trampa de pensar que las guerras interrumpieron un proceso que se encontraba en pleno auge, sin darse cuenta de que estaba acortándose ya su agotamiento en los momentos de iniciarse estos conflictos.

El estrepitoso derrumbe de la monarquía española ante la invasión napoleónica puso en evidencia su debilidad. Para una América que estaba atravesando una crisis económica y que se encontraba amenazada por graves conflictos sociales, el viejo estado imperial había dejado de tener utilidad alguna, de modo que no tenía sentido seguir participando en los costes crecientes de su mantenimiento. Puesto que no sólo había puesto en evidencia que no podía ofrecer la protección que toda metrópoli debía a sus colonias, sino que se había debilitado su capacidad legitimadora, ante el avance de nuevas ideas de signo revolucionario, como lo demostraba, en la propia España, el rumbo que iba a tomar el gobierno patriota refugiado en Cádiz. La proclamación de la Constitución de 1812—hecha, por paradoja, en el mismo puerto de arribo de los metales de Indias—venía a sellar el fin del Imperio, ya que sólo ofrecía, en reemplazo de la monarquía de derecho divino, un inviable proyecto de nación hispanoamericana. Inviabile porque, como hubieron de comprobar muy pronto quienes, como Mejía Lequerica, creyeron por un tiempo en la propuesta, no se ofrecía a los americanos más que una ciudadanía española de segunda clase.

Si lo que importaba era conservar en América el orden social establecido—y está claro que eso es lo que importaba a los grupos dirigentes de estas sociedades—era mejor buscarle una nueva legitimación: la que le darían las patrias americanas surgidas de la lucha emancipadora, proponiendo un nuevo proyecto de futuro por el que los habitantes de estas tierras pasasen a ser, en lugar de súbditos de un rey lejano, ciudadanos de las nuevas naciones de América.

La vieja asociación se deshacía porque ya no podía rendir los servicios requeridos. No es justo, sin embargo, atribuir toda la culpa a quienes dirigían la política española en estos años, dando a entender

que todo se originó porque estos hombres eran ineptos y corruptos. Los había que lo eran, en efecto, pero ni más ni menos que en otros gobiernos europeos. El pobre Fernando VII, blanco perenne de los ataques de uno y otro lado, ni era peor que sus antecesores reformistas, ni más corrompido que el hombre que estaba en esos años al frente de los destinos de Inglaterra, sin que ello perturbase allí el proceso de la revolución industrial. Para enjuiciar correctamente lo que hicieron hay que saber con qué medios contaban para actuar, en la paz y en la guerra. Y ocurre que en los momentos mismos en que llegaba a su ocaso la monarquía de España y de las Indias, contando los impuestos que obtenía de su parte europea y los tesoros que le llegaban de su parte americana, venía a recaudar de cuatro a seis veces menos que Francia o Inglaterra. Ahí, y no en la calidad intelectual o moral de sus gobernantes, hay que buscar las razones de su impotencia.

Pero, para entender cómo había llegado a ella, convendrá tomar en cuenta la parte de culpa que incumbía a unos y a otros. A los reyes, a los ilustrados Borbones, por haber aceptado la continuidad de un orden social basado en un pacto que los condenaba a la impotencia, y por no haber sido capaces de emprender a tiempo el tipo de reformas que se estaban dando ya en otros países europeos. En lo que América tuvo mucho que ver.

En 1631, en un momento de rara lucidez, el conde duque de Olivares llegó a exclamation—en el secreto de una reunión de gobierno—que más le hubiera valido a la monarquía española no haber conquistado jamás el Nuevo Mundo. Dicho lo cual, se apresuró a ver cómo podía sacar más dinero de él. Pero si en 1631 esto podía parecer fuera de lugar, no lo era un siglo y medio más tarde, a fines del siglo XVIII. Porque está claro que los recursos de América hicieron posible aplazar la crisis de la monarquía por más de un siglo—ese siglo de las supuestas reformas borbónicas que no reformaron nada—y retrasaron así el momento en que fue inevitable mudar el pacto social e introducir grandes cambios para lograr los mínimos de mejora que hicieran viable la supervivencia. Lo retrasaron tanto que, cuando se intentó efectuar tales cambios, la diferencia con los países que llevaban la delantera era ya demasiado grande, irrecuperable.

No pretendo exculpar con ello a la monarquía, sino mostrar que no fue la única culpable, puesto que era el producto de una sociedad que la había hecho a su imagen. Se hundió porque era débil, pero esta debilidad era el precio que había que pagar para que las oligarquías de